

# *Romeo y Julieta*

William Shakespeare

## **PERSONAJES**

1. ROMEO. DAVID RUIZ BENÍTEZ.
2. BENVOLIO. ÁLVARO SILES MORALES.
3. MERCUCIO. SEBASTIÁN STIRLING.

## Escena IV

*(Una calle. Entran ROMEO, MERCUCIO, BENVOLIO.)*

ROMEO. Y bien, ¿alegaremos eso como excusa, o entraremos sin presentar disculpa alguna?

BENVOLIO. Esas largas arengas no están ya en moda. No tendremos un Cupido de vendados ojos, llevando un arco a la tártara de pintada varilla que amedrente a las damas cual un espanta-cuervos; ni tampoco, al entrar, aprendidos prólogos, débilmente recitados con auxilio del apuntador. Que formen juicio de nosotros a la medida de su deseo; por nuestra parte, les mediremos algunos compases y tocaremos retirada.

ROMEO. Dadme un hachón; no estoy para hacer piruetas. Pues que me hallo triste, llevaré la antorcha.

MERCUCIO. En verdad, querido Romeo, queremos que bailes.

ROMEO. No bailaré, creedme: vosotros tenéis tan ligero el espíritu como el calzado: yo tengo una alma de plomo que me enclava en la tierra, no puedo moverme.

MERCUCIO. Amante sois; pedid prestadas las alas de Cupido y volad con ellas a extraordinarias regiones.

ROMEO. Sus flechas me han herido muy profundamente para que yo me remonte, con sus alas ligeras, y puesto en tal barra, no puedo trasponer el límite de mi sombría tristeza. Me hundo bajo el agobiante peso del amor.

MERCUCIO. Y si os hundís en él, le abrumaréis; para el delicado niño sois un peso terrible.

ROMEO. ¿El amor delicado niño? Es crudo, es áspero, indómito en demasía; punza como la espina.

MERCUCIO. Si con vos es crudo, sed crudo con él; devolvedle herida por herida y le venceréis. Dadme una careta para ocultar el rostro.

*Enmascarándose.*)· ¡Sobre una máscara otra! ¿Qué me importa que la curiosa vista de cualquiera aote deformidades? Las pobladas cejas que hay aquí afrontarán el bochorno.

BENVOLIO. Vamos, llamemos y entremos y así que estemos dentro, que cada cual recurra a sus piernas.

ROMEO. Un hachón para mí. Que los aturdidos, de corazón voluble, acaricien con sus pies los insensibles juncos; por lo que a mí toca, me ajusto a un refrán de nuestros abuelos. -Tendré la luz y miraré. *Nunca ha sido tan bella la fiesta, pero soy hombre perdido.*

MERCUCIO. ¡Bah! *De noche todos los gatos son pardos*; era el dicho del Condestable: Si estás perdido, te sacaremos (salvo respeto) de la cava de este amor en que estás metido hasta los ojos. -Ea, venid, quemamos el día.

ROMEO. No, no es así.

MERCUCIO. Quiero decir, señor, que demorando, nuestras luces se consumen, cual las que alumbran el día, sin provecho. Fijaos en nuestra buena intención; pues el juicio nuestro antes estará cinco veces al lado de ella que una al de nuestros cinco sentidos

ROMEO. Sí, buena es la intención que nos lleva a esta mascarada; pero no es prudente ir a ella.

MERCUCIO. ¿Se puede preguntar la razón?

ROMEO. He tenido un sueño esta noche.

MERCUCIO. Y yo también.

ROMEO. Vaya, ¿qué habéis soñado?

MERCUCIO. Que los que sueñan mienten a menudo.

ROMEO. Cuando, dormidos en sus lechos, sueñan realidades.

MERCUCIO. ¡Oh! Veo por lo dicho que la reina Mab os ha visitado. Es la comadrona entre las hadas; y no mayor en su forma-que el ágata que luce en

el índice de un aderman, viene arrastrada por un tiro de pequeños átomos a discurrir por las narices de los dormidos mortales. Los rayos de la rueda de su carro son hechos de largas patas de araña zancuda, el fuelle de alas de cigarra, el correaje [de la más fina telaraña, las colleras] de húmedos rayos de un claro de luna. Su látigo, formado de un hueso de grillo, tiene por mecha una película. Le sirve de conductor un diminuto cínife, vestido de gris, de menos bulto que la mitad de un pequeño, redondo arador, extraído con una aguja del perezoso dedo de una joven. Su vehículo es un cascaroncillo de avellana labrado por la carpinteadora ardilla, o el viejo gorgojo, inmemorial carruajista de las hadas.] En semejante tren, galopa ella por las noches al través del cerebro de los amantes, que en el acto se entregan a sueños de amor; sobre las rodillas de los cortesanos, que al instate sueñan con reverencias; sobre los dedos de los abogados, que al punto sueñan con honorarios; sobre los labios de las damas, que con besos sueñan sin demora: estos labios, empero, irritan a Mab con frecuencia, porque exhalan artificiales perfumes y los acribilla de ampollas. A veces el hada se pasea por las narices de un palaciego, que al golpe olfatea en sueños un puesto elevado; a veces viene, con el rabo de un cochino de diezmo, a cosquillar la nariz de un dormido prebendado, que a soñar comienza con otra prebenda más; a veces pasa en su coche por el cuello de un soldado, que se pone a soñar con enemigos a quienes degüella, con brechas, con emboscadas, con hojas toledanas, con tragos de cinco brazas de cabida: Bate luego el tambor a sus oídos, despierta al sentirlo sobresaltado, y [en su espanto, después de una o dos invocaciones, se da a dormir otra vez. Esta misma Mab es la que durante la noche entreteje la crin de los caballos y enreda en asquerosa plica las erizadas cerdas, que, llegadas a desenmarañar, presagian desgracia extrema. Ésta es la hechicera que visita en su lecho a las vírgenes, las somete a presión y, primera maestra, las habitúa a ser mujeres resistentes y sufridas. Ella, ella es la que...

ROMEO. Basta, basta, Mercucio, basta; patraña es lo que hablas.

MERCUCIO. Tienes razón, hablo de sueños, hijos de un cerebro ocioso, sólo engendro de la vana fantasía; sustancia tan ligera como el aire y más mudable que el viento, que ora acaricia el helado seno del Norte, ora, irritado, vuelve la faz y sopla en dirección contraria hacia el vaporoso mediodía.

BENVOLIO. Ese viento de que hablas nos lleva a nosotros. Se ha acabado la cena y llegaremos demasiado tarde.

ROMEO. Temo que demasiado temprano. Mi alma presiente que algún suceso, pendiente aún del sino, va a inaugurar cruelmente en esta fiesta nocturna su curso terrible y a concluir, por el golpe traidor de una muerte prematura, el plazo de esta vida odiosa que se encierra en mi pecho. El que gobierna, empero, mi destino, que arrumbe mi bajel. -Adelante, bravos amigos.

BENVOLIO. Batid, tambores.

*(Vanse.)*